

CINCO HORAS JUNTOS

*Ese fue el tiempo que Laura pasó con su bebé, Guido, antes de que los militares lo robaran para luego asesinarla y entregarle a sus padres un cadáver envuelto en diarios. El horror del genocidio es inenarrable, pero en **Laura. Vida y militancia de Laura Carlotto**, María Eugenia Ludueña va por la vida, para dar testimonio recuperando los nombres, la cotidianidad y los clarosucros de esas biografías militantes.*

por **Cintia Rogovsky**

“Cuando la muerte está cerca y la vida no vale nada-dice Cascote, el primer esposo de Laura Carlotto-pueden ocurrir un montón de cosas.” (Ludueña, 2013: 159).

35 años han pasado desde que el cuerpo asesinado de Laura Carlotto le fue entregado a su familia. Cinco horas pasó Laura junto a su primer y único hijo, Guido. Y todavía no se sabe quién se robó a aquel bebé.

Quien espere encontrar en este texto una reseña de *Laura. Vida y militancia de Laura Carlotto*, el libro de María Eugenia Ludueña de reciente aparición (Planeta) puede abandonar ya mismo la lectura. Esta es, apenas, la impresión de una lectora sin pretensiones, atravesada por las sonoridades, el dolor, el compromiso que en el cuerpo implica esta lectura. Recomiendo acompañar este leer con la melodía de “Laura va”, de Spinetta. O con la sinfonía “Leningrado”, de Shostakovich, para adentrarnos en el mundo de los padres de Laura, Guido y Estela. Y si queremos hacerle un guiño al testimonio de la madre de Laura, podemos escuchar la banda de sonido que David Raksin compuso para esa obra maestra del cine negro, “Laura” (1944). Porque esta también es una historia de sueños, ¿cómo se sueñan los hijos, cómo se sueña el futuro, cómo se sueñan los nietos?

Especial, apurada, la primera hija, compromiso, seria, esquemática, hermosa, delgada. Los ojos. Qué ojos. Esos ojos. Niña perfecta. No quiso fiesta de 15, ni de casamiento. No quiso la comunión. Laura.



A Guido (técnico químico y dueño de una pequeña fábrica de pinturas) y a Estela (maestra y ama de casa), una joven pareja de clase media platense, ambos radicales, les gusta el cine. Ya de novios sueñan con ponerle a una hija el nombre de esa heroína del director Otto Preminger, Laura, la historia de una mujer cuyo asesinato debe ser investigado. Inquietantes coincidencias. La protagonista, la bella Gene Tierney, posee otro atributo en común con nuestra Laura: la belleza de un rostro cuya mirada es imposible de olvidar y aún nos interpela. De este tipo de detalles, que son los que permiten retratar a una Laura humana y viva, está formado el libro de Ludueña.

Los cuerpos hablan, dicen los antropólogos forenses, personas como el Dr. Snow, que tanto contribuyó en la identificación de los cuerpos enterrados como NN de nuestros desaparecidos, cuando se recuperó la democracia y en los años posteriores. El cuerpo de Laura confirma que ha sido madre antes de morir. “Tranquila que yo sigo buscándolo”, le promete Estela después de enterrarla en 1978, cuando por testimonios de compañeras del campo confirma que tuvo un varón. Los muertos hablan, pero en el territorio de los vivos tenemos que escucharlos con humildad, bajando un poco la cabeza frente a los huesos humillados, tratando de dejar a un lado los discursos aprehendidos para soportar el dolor, la lógica que analiza la banalidad del mal que se llevó tantas vidas.

Ludueña abandona los lugares comunes. Tal vez porque sabe, como lo formuló en su momento Primo Levi, que es inenarrable el horror del genocidio. Que el mal pervierte incluso la memoria y cualquier intento de hacerle justicia a la historia es incompleto. Entonces elige contarnos, con un estilo fresco y fluido, por momentos cinematográfico, quién fue esta muchacha viva, con sus contradicciones y clarosucros, su breve e intensa vida que comenzó el 21 de febrero de 1955 en la ciudad de La Plata y terminó en agosto de 1978. No una heroína, una chica de carne y hueso inmersa en el clima de su época en el cual “entregar la vida no era un sacrificio ni un juego de palabras. Era un modo de estar en el planeta” (Ludueña:225). La

autora corre el velo y desoculta a esta militante del territorio pasivo, muerto, de los chivos expiatorios que la sociedad de algún modo necesita para no hacerse cargo de sus responsabilidades en los trágicos acontecimientos políticos de los 70. En cambio nos narra a una Laura que fue mucho más que una víctima del terrorismo de Estado de la dictadura cívico-militar. Fue, entre otras cosas, una mamá angustiada al clausurársele el futuro en dos embarazos que perdió durante su matrimonio, porque un hijo deseado, lo sabemos, es un proyecto de futuro. Una mamá que apenas pudo estrenarse, oler la piel de su bebé, nombrarlo con el nombre de su padre, compartir cinco horas con su hijito Guido, parido en la clandestinidad, en una maternidad que todavía no se sabe cuál fue.

Cinco horas que cambiarán el destino de muchos, me atrevería a decir, de todos.

“El que nomina domina”, aprendió Laura en la facultad. Sus verdugos le robaron el nombre a Guido. Sin embargo, 109 nietos encontrados por la lucha de abuelas como la de este niño atestiguan que a veces resistir, salvar una vida, como dice el Talmud, salva el mundo. Y contar esas vidas, dar testimonio, recuperar los nombres, es parte de la búsqueda, de la posibilidad de la justicia, tal vez por eso Ludueña comienza el libro con una cita de John Berger: “la esperanza hoy es contrabando que se pasa de mano en mano y de historia en historia.”

Tuvo una profesora que le abrió el bocho en el Normal. Le gustaban las manualidades. Se maquillaba por demás los ojos. Escuchaba a Viglietti, a Serrat, le gustaba el rock.

En esta investigación Ludueña no sólo recurre a la bibliografía ya clásica de los 70 (un Walsh o un Bonasso) sino también a los fragmentos de testimonios aportados en los Juicios por la Verdad que permiten advertir cómo el dolor se convirtió en lucha, en ampliación de derechos, en recuperación de identidades, en la configuración de una nueva institucionalidad democrática en la Argentina que es ejemplo en el mundo entero y que a veces naturalizamos, sin comprender el alcance de estos logros, su dimensión política. Una democracia que solidificó sus bases al darle cabida al reclamo y la lucha de las



El cuerpo de Laura confirma que ha sido madre antes de morir. “Tranquila que yo sigo buscándolo”, le promete Estela después de enterrarla en 1978, cuando por testimonios de compañeras del campo confirma que tuvo un varón.

Madres y Abuelas, de los organismos de derechos humanos, de un Gobierno que tuvo la valentía política de asumir la demanda de justicia de la mayoría de la sociedad que había sido estafada con las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Un sujeto colectivo configurado por mujeres y hombres comunes, en su mayoría. Motivados por la encarnación del dolor inefable de la peor de las pérdidas, y de la esperanza reparadora de encontrar a sus familiares, de hacerle justicia a los muertos contando quiénes fueron, cómo vivieron, quiénes fueron sus verdugos, cómo, y por qué.

Muycoqueta. Quería cambiar el mundo. Le impactó mucho la masacre de Trelew y la historia de Bocha, su amigo, el hijo de Chicha Mariani, la masacre en la Casa de los Conejos.

Hasta que el último genocida, militar o civil, reciba su condena, hasta que el último nieto aparezca, hasta que el último desaparecido pueda “contarle” a sus deudos cómo fue su asesinato, y podamos saber la vida de cada Laura y cada Guido esté con su familia.

Rita, su nombre de guerra.

Por eso es necesaria esta lectura de una Laura viva configurada por los testimonios de su familia, sus amigos, antes, durante y después de que se convirtieran en figuras públicas, en emblemas de la lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Estas imágenes que nos permiten sentir, escuchar y ver la infancia y la adolescencia de Laura en La Plata, su paso por el Normal 1; la vida en el hogar, su vínculo con la abuela inglesa May Barnes (que cría a los cuatro chicos mientras la madre trabaja en una escuela rural en Brandsen); con sus hermanos; sus primeros amores, sus fieles amistades, sus intereses intelectuales, su temprano trabajo en la fábrica de pintura del padre, en Berisso, ciudad de trabajadores e inmigrantes. La historia entrelaza los testimonios de Estela; de Claudia, hermana dos años menor y también militante política; de su hermano “Kibo”, cuatro años menor y el más compinche con ella; del más chico, Remo, con el que menos compartió por la diferencia de edad; de Jorge Falcone (primer



marido de Claudia Carlotto y cuya hermana, María Claudia, una de las seis estudiantes secundarias de la UES secuestrada en la Noche de los Lápices que continúa desaparecida); de varias amigas como Elena Mariani, la Gordi, la Coneja, Elsa Mc Dougall, de su primer esposo, "Cascode".

Laura es una militante por convicción.

Cuando Perón rompe con los Montoneros, ella refuerza su compromiso con la organización. El pase a la clandestinidad (será Rita en adelante), los dispositivos de seguridad de una militancia que ya estaba siendo atacada y masacrada por la Triple A, primero, y luego del golpe, por las FFAA y las patotas parapoliciales, impiden a la familia el contacto. Muchas partes del final se

han ido reconstruyendo por testimonios de los pocos sobrevivientes que compartieron el cautiverio en esos cementerios de vivos que fueron los campos de concentración en los que el mal, en su versión argentina, diseñó el perverso mecanismo del robo de bebés.

Después del golpe del 76, todo se precipita. Los padres desesperan. Claudia, su pequeña hija y su marido partirán al exilio. Pierden contacto. No tienen noticias de Laura. El mismo Guido padre es secuestrado 25 días. Y torturado. Nelva Falcone y su marido también, en dos oportunidades. Todos los días caen pibes y pibas, mientras los diarios, cómplices de los dictadores, inventan "enfrentamientos" para ocultar fusilamientos, torturas, secuestros, robos de bebés, campos de exterminio, uso

de los militantes quebrados para marcar compañeros, alianza entre los gobiernos dictatoriales para perseguir toda forma de disidencia y de libertad de expresión. Las madres recurren a la Iglesia, a los contactos con familiares o amigos militares, a los jueces. Serán pocos, muy pocos, los que ayudarán.

Laura se ha separado de su marido. Se esconde acá, allá. Con una pareja de compañeros, con otros. Hasta que "pierde", "cae", como dicen en la jerga. Termina en La Cacha, embarazada por tercera vez. Según los testimonios, eso la "protege" un poco, porque los asesinos tienen un plan para ese bebé, tal como al fin, después de tres décadas, sentenció el 5 de julio de 2012 el Tribunal Oral Federal 6. Recuerdo que hacía frío y era de noche. Y los que estábamos ahí afuera, mirando en la pantalla gigante la audiencia, no podíamos entender cómo estas mujeres, Elsa, Estela, Chicha, Rosa, todas y cada una, soportaron tantos años, afrentas, desilusiones, injusticia, soledad... Tal vez porque saben la verdad que reposa en los versos de Mansilla inmortalizados por el maestro Falú:

*"Quiero quedarme, aún, cuando me vaya,
en la memoria de quienes me han querido,
en los versos triviales que repita con su cantar algún desconocido;
o regresar en el perfil de un hijo como ese amanecer que ha renacido..."*

¹ La causa incluía el robo de 35 bebés. 26 de ellos recuperaron su identidad: Victoria Montenegro Torres, Natalia Suárez Nelson Corvalán, Leonardo Fossati Ortega, María de las Mercedes Gallo Sanz, Carlos D'Elía Casco, Paula Eva Logares Grinspon, Victoria Moyano Artigas, Pablo Hernán Casariego Tato, Francisco Madariaga Quintela, María Belén Altamiranda Taranto, Claudia Victoria Poblete Hlaczik, Aníbal Simón Méndez Gatti, Macarena Gelman García Irunetagoiyena, Anatole y Victoria Julien Grisonas, Mariana Zaffaroni Islas, Victoria Donda Pérez, Javier Gonzalo Penino Viñas, Ezequiel Rochistein Tauro, Evelyn Bauer Pegoraro, Alejandro Pedro Sandoval Fontana, Laura Reinhold Siver, Federico Cagnola Pereyra, Juan Cabandié Alfonsín, Guillermo Pérez Roisinblit y Carla Ruiz Dameri. En esta causa, todavía falta encontrar a Guido Carlotto, Ana Libertad Baratti De la Cuadra, Clara Anahí Mariani Teruggi, el/la hijo/a de Gabriela Carriquiriborde y Jorge Repetur, Martín Ogando Montesano, Victoria Petrakos Castellini, la hija de María Moyano y Carlos Poblete y la hija de Ana Rubel y Hugo Castro continúan viviendo con una identidad falsa.

² "Tiempo de partir". Letra: Almérico Mansilla, música: Eduardo Falú, 1978.